

## Los libros andaluces

CON los escritores andaluces pasa como con los emigrantes, que son muchos, buenos trabajadores, pero no encuentran en su lugar de origen la fábrica. Ahora, en esta nueva lucha por el retorno a las raíces, aparecen intentos valiosos, aunque mínimos, de montar editoriales para que ese río caudaloso que produce la cultura andaluza no se difunde con más sello que el del pasaporte. Así, a las ya casi veteranas Demófilo y Aljibe, hay que contar con Argantonio (vinculada a la editora de la Enciclopedia de Andalucía), Edisur (cooperativa), el editor Llorca, además de la actividad editorial de las Universidades de Granada, Sevilla, Córdoba y Málaga, Diputaciones provinciales y entidades financieras, destacando la Caja de Ahorros de Córdoba.

Manuel Clavero, ex ministro de Cultura, se ha lanzado al ruedo con un libro para el entretenimiento de las vacaciones de los políticos: "Forjar Andalucía" (Argantonio, dirigida por José María Javierre). Clavero cuenta su salto mortal desde el centrismo suarista hasta su reingreso en el andalucismo, y pone pomada suavizante sobre cada uno de los personajes, amigos y enemigos políticos para que el sol del verano no les produzca ampollas.

Los cooperativistas de Edisur preparan para primeros de mes su primer libro: "Hacia una Andalucía libre", con firmas, biografías y aportaciones varias de cincuenta principales andaluces. Con anterioridad ha aparecido, con el editor Llorca, "Andalucía dijo sí" (Fernando Álvarez Palacios, Manuel Barrios, Antonio Cascales, Antonio Mozo Vargas, José Domingo Romero, Enrique Soria, Francisco Vélez Nieto). Bajo el patrocinio de la Junta de Andalucía se ha publicado "Orígenes de lo flamenco y secreto del cante jondo", de Blas Infante, recopilado por Manuel Barrios. Demófilo continúa su labor editorial de recuperación de textos y es una pena que no tenga más potencial económico, como le pasa a otras editoriales, para publicar con más frecuencia. A las obras de Blas Infante ("La verdad sobre el complot de Tablada"), José María de los Santos ("Andalucía en la revolución nacionalista"), Víctor Márquez Reviriego ("Donde acaba Andalucía"), José Asenjo Sedano ("Yo, Granada"), entre otras, la editorial granadina prepara un nuevo libro de Blas Infante ("El ideal andaluz", en edición completa), además de una biografía de Fermín Sálvochea.

De biografías, para repasarlas este verano, hay dos muy recientes sobre el padre de la patria Andalucía: "Vida y muerte de un hombre andaluz" (José Luis Ortiz de Lanzagorta) y "Blas Infante, la forja de un ideal andaluz" (Juan Antonio Lacomba). Ha aparecido también "Juan Ramón Jiménez y los niños" (José María Garrido Lopera, que ya había publicado otra sobre García Lorca, en Everest).

Textos más sesudos para políticos que quieran entrar fuerte en el otoño con el debate andalucista están, de reciente publicación: "Andalucía, ahora o nunca" (José Rodríguez Alcaide), "El andalucismo militante" (Manuel Ruiz Lagos), "Historia y cultura del pueblo andaluz" (José Acosta Sánchez), "Aproximación a la historia de Andalucía" (J. A. Lacomba, Domínguez Ortiz, J. M. Cuenca, Calero, Malefakis, Rodríguez Nella, C. Torres, Cruz Hernández, F. Aguilar, Ladero Quesada, Bernal y Tusset), "La cuestión nacional andaluza y los intereses de clase" (José Aumente), "Orígenes del regionalismo andaluz" (Manuel Nieto Cumplido), etcétera. "Andalucía" (Diez García, Aranda Dancel y Rubio Cormuna) es un libro de divulgación.

A los poetas andaluces, de siempre y de ahora (García Lorca, Juan Ramón Jiménez, Alexandre, Alberti, Cernuda, Machado, Altolaguirre, Prados, Rejano, Luis Rosales, el granadino Rafael Guillén (ha publicado en la revista "Litoral" su libro "Moheda"), Elena Martín Vivaldi, Rafael Montesinos, Antonio Hernández, G. Ladrón de Guevara, Juan de Laxa, Pepe Heredia Maya, Alvaro Salvador, Antonio Carvajal, Manuel Ríos, Pablo García Baena, Ricardo Molina, José Infante...), hay que añadir un libro maravilloso, "Poesía", de Al-Mu'tamid (último Rey de Sevilla), con traducción, introducción y notas de Miguel José Hagerty.

"Las mil noches de Hortensia Romero" y "Nos han dejado solos" han puesto de moda, de la fina, a Fernando Quiñones, revalorizando, una vez más, la narrativa andaluza: Alfonso Grosso, Asenjo Sedano, Manuel Barrios y su pleito con el editor Lara, José María Vaz de Soto, Pérez Estrada, Antonio Burgos (que anuncia su vuelta con nuevas obras) y una larga lista de escritores andaluces que han encontrado muchas dificultades para hacer valer su obra.

Seguro que después del programa "La clave" sobre la muerte de Federico García Lorca, los libros de investigación sobre el poeta de Fuente Vaqueros van a tener fuerza durante las vacaciones: "El asesinato de García Lorca" (de Gibson, el mejor especialista sobre el tema), "Federico García Lorca, asesinado: toda la verdad" (De Vila San Juan, con la verdad incompleta), "Federico García Lorca en Cataluña" (Antonina Rodríguez), "El ingenioso hidalgo y poeta Federico García Lorca asciende a los infiernos" (Carlos Rojas, Premio Nadal 1979), entre otros.

Richard Ford (en Ediciones Turner) reaparece en "Manual para viajeros por Andalucía y lectores en casa" (dos tomos), con la visión de la Andalucía romántica de posadas y bandoleros, tan distinta de las "Memorias andaluzas" (del emigrante en Cataluña Paco Montes Marmolejo, en Laia), que se ocupa de esa Andalucía de sufrimiento y opresión que cuentan ahora los nuevos viajeros que recorren el Sur. ■ A. JAMOS ESPEJO.

"Empalador" es un libro que inquieta y apasiona, un libro que quizá no llegue a conocerse y que, a lo mejor, en eso tiene su victoria. ■ DIEGO GALAN.

## Las depuestas armas

HASTA ahora, obtener el Premio Sésamo de novela corta era algo que prestigiaba dentro de los círculos literarios, pero cuya operatividad real brillaba por su ausencia. Al menos, el último premio, conseguido por Soledad Puértolas, puede, en razón de su presentación, recabar cierta audiencia no del todo fantasmal (1).

Es una novela que sorprende y poco a poco vas calando en la fidele de tu reacción como lector. Estructurada en capítulos cortos, ligados más sutil que taxativamente, lo insólito es, ante todo, el estilo escogido desde las primeras líneas y mantenido hasta el fin: escueto, pormenorizador en cuanto a hechos, conscientemente banal siempre que se puede y, por ende, con una enorme capacidad de aludir al resto del iceberg, de estar siempre sugiriendo que bajo lo que se nos muestra hay más, pero irrevelable.

El escenario es ajeno a cualquier mapa, pero literariamente no sólo verosímil, sino a la postre del todo imprescindible. Quizá por haber residido la autora en Santa Bárbara (Estados Unidos) ha utilizado una nomenclatura geográfica llena del encanto de los paisajes de Chandler o West: el cielo, montecito, Deveraux. Pero ni por asomo estamos en California, porque el protagonista desde el inicio anda turulato de fascinación por unos extranjeros llamados Lennox, de los que él irá contándonos los avatares, dada la amistad que, compleja, pusilánime y fielmente, va manteniendo con ellos.

Los hechos no son inexistentes; todo lo contrario, son irreversibles. Ciegan, marchitan, corrigen tercamente los sueños de los protagonistas. Los Lennox y su amanuense empiezan siendo adolescentes, deseando lo inalcanzable, viéndose ya desde entonces enfrentados a la tacaña realidad. A través de los capítulos hay saltos en el tiempo de los que sólo al cabo de unos momen-

tos nos hacemos pleno cargo: los años van poniendo entre los protagonistas —sobre todo entre el narrador y Terr— velos de cosas no dichas, de vehemencias no cumplidas, de armas depuestas.

Es una novela donde la ternura se disfrazaba de rispidez. No hay pucheritos ni alardes retóricos sobre el fracaso; en puridad, apenas se lo nombra. Simplemente, sabemos que está ahí, y,



Soledad Puértolas.

sobre todo, sabemos cómo está, omnipresente, sordo. De pronto, a Puértolas le basta con escribir: "Diviértete —dijo al fin Lill, en un tono que hacía pensar que tal posibilidad no existía, y si acaso existía le era indiferente".

Estilísticamente en la contraportada se nos sugieren, en cuanto influencias, los nombres de Chandler y Hammet. Puede. También tiene algo sumamente barojiano este libro, un deslizarse aparentemente desgachado, un como no importar mucho la escritura; y, sin embargo, precisamente por eso una voluntad de estilo que acaso sea, junto con la memoria del deterioro, la raíz de la novela. En su escuetez, en su en ocasiones perfectamente dosificada chatura, recuerda también al Svevo de "La conciencia de Zeno", sólo que aquí la apatía, la derrota cotidiana, en todo momento burbujea por debajo, con un hervor sentimental que no osa decir su nombre.

Hay episodios en la trama que, a fuerza de ser esbozados más que expuestos, a la larga pudieran haber sido descartables, pero

(1) "El bandido doblemente armado". Legas literaria, 1980.

seguramente el propósito principal de Soledad Puértolas era crear una atmósfera que fascinase y que, además, tuviera pocas similitudes con los vientos que hoy corren (pocos vientos, la verdad sea dicha, que los que tienen la sartén por el mango bien que cierran puertas y ventanas no sea que todo se sepa) por nuestra narrativa. Porque pretende dar voz consecuentemente ambigua a unas vivencias muy de hoy, muy de entretelas, vivencias ambiguas, desorientadas y heridas de impotente ternura como las que "están detrás" de un párrafo así, tan "literario" y tan no: "Doblé la carta y la devolví a su sobre. Llegaba demasiado tarde. Yo había dejado de amar a esa mujer hermosa mucho antes, en un impreciso pero irrevocable momento. Con ella entre mis manos me dije que la vida se enreda muchas veces en el amor de forma ineludible, y me pregunté si era verdaderamente posible saber cuál de esos enredos es el importante". ■ MIGUEL BAYON.

## Un fallo, dos fallos, tres fallos...

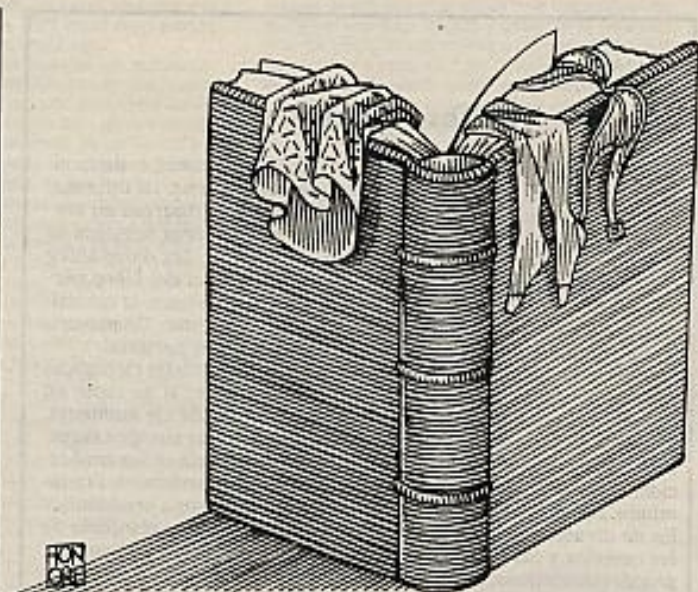
Al igual que hizo Agatha Christie en su novela "Los diez negritos", el colectivo que se presenta enmascarado tras el seudónimo "Ofèlia Dracs" ha toma-

do una cancioncilla popular catalana, "Deu pometes té el pomer", para dar título a un conjunto de diez narraciones eróticas que en 1979 obtuvo el Premio La Sonrisa Vertical. Traducida por Joaquim Jordá, la versión castellana, "Diez manzanitas tiene el manzano", acaba de editar Tusquets.

El original es en catalán y como tal ganó el premio. La editorial, en la contraportada de la versión castellana, indica que el colectivo "Ofèlia Dracs"—ocho escritores conocidos en el ámbito catalán— ha recuperado el lenguaje vulgar utilizado en cataluña para estas cosas del sexo.

No conociendo el original catalán sólo puedo opinar sobre la versión castellana. Y es precisamente el lenguaje de esta versión una de las cosas que primeramente llama la atención en el libro. Jordá ha utilizado—sobre todo en las narraciones que son monólogos— un lenguaje "cheli", plenamente urbano que va muy bien con estas historias que además de divertidas son totalmente urbanas y casi cotidianas.

En ocasiones, para disimular un cierto interés por la literatura erótica se suele tachar a ésta de aburrida, de monótona. Es cierto esto muchas veces. Pero no siempre. La literatura erótica europea—francesa, sobre todo— puede acabar por aburrir. Pero hay otra literatura, quizá menos



osada (?), pero más divertida, que es la clásica. Con ésta y no con la otra, tiene más puntos en contacto "Diez manzanitas..." y por eso es de agradecer que "Ofèlia Dracs" haya reivindicado el humor—casi sainetero— y lo haya utilizado como vehículo conductor de sus relatos.

Humor casi negro en ese monólogo de la puta minusválida; humor casi absurdo en esa inverosímil historia laboral de dos trabajadores de una fábrica de leche; humor totalmente sainetero, pero "a lo bestia", en las

aventuras de los pantalones estrechos; humor con cierto toque de elegante anticlericalismo en esa carta dirigida a la mayordoma de la rectoría, requerida de amores por un monago que inicia su despertar sexual; humor patético en esa vulgar historia de un hombre maduro que se enamora de una "ninfula" nabokoviana; humor que es casi una toma de posición antiprogreso en la narración "El matasuegras" o la imposibilidad de, utilizando los más variados electrodomésticos—incluido un tostador de pan

y una batidora—, enderezar un pene lastrado (el progreso no siempre resuelve nuestros problemas cotidianos)...

Podría seguir hasta diez. El colectivo—ocho hombres— iba a contar con dos mujeres. Estas iban a escribir sendas narraciones dando, supongo, su punto de vista femenino. Pero fallaron y dos miembros del colectivo escribieron las narraciones que faltaban. Resultado de ello: falta la perspectiva femenina. Y se nota.

Y es que, casualmente o no, las narraciones de este libro destacan por la primacía del fallo. La prepotencia del miembro masculino—y por consiguiente el poder de su afortunado poseedor— es indiscutible en cuentos como "Chop-suey"—el de la fábrica de leche—, "Los pantalones", "El matasuegras"—en el fondo un disimulado afán de automutilarse como el Gerard Depardieu de la película de Marco Ferreri—, "Las tres señales"—en el que el erotismo se hace más cotidiano, más "cheli": ese "clipote de Archidona", ¿calco y homenaje?, que viaja en Metro...—, etcétera.

El conjunto en modo alguno resulta monótono. Son muy diversos los escenarios y las situaciones—ese marqués decadente que recuerda amores idos, acariando, magdalena de Proust, una "perrita caniche"—. En todas las narraciones, queda dicho, ¿no?, predomina el humor y un priapismo exagerado. Pero es un libro muy divertido que hay que leer. ■ JAVIER GOÑI.

